

Diminuto y el gol de oro

Liliana Cinetto

Ilustraciones de O'Kif-MG

loqueleg

CAPÍTULO 1

EN EL QUE EXPLICO POR QUÉ NO PENSÉ QUE DIMINUTO Y YO PODÍAMOS METERNOS EN ESE LÍO DEL GOL DE ORO

ue Diminuto y yo terminemos siempre metidos en un lío tremendo es algo que no le extraña a nadie. Porque siempre nos metemos en líos tremendos. Desde que lo encontré en la calle y me lo llevé a casa escondido en el bolsillo no paramos de meternos en líos. Empezando por el que se armó cuando mi familia (que no me dejaba tener perro) lo descubrió. O el que se armó cuando Diminuto le hizo pis en la blusa nueva a la cascarrabias insoportable de Carolina, mi hermana, que no quería perro porque decía que le daban alergia y la hacían estornudar (aunque a ella todo le da alergia y la hace estornudar). O el lío con mi maestra, a la que Diminuto le mordió el dedo cuando todavía no había aprendido que los perros no van a la escuela ni tienen que morder a las maestras de cuarto grado

porque pueden envenenarse. Y mejor ni hablo de los otros líos, como el del canal de televisión, cuando lo llevé al *casting* de mascotas. O el de las vacaciones en Polvaredas, en la casa de mi tía Dolores, cuando nos enfren-tamos con los fantasmas. O el que se armó en el barrio, cuando apareció el monstruo subterráneo...

Sí, Diminuto y yo siempre terminamos metidos en líos tremendos. Es cierto. Pero, si me hubieran dicho que Diminuto y yo íbamos a meternos en problemas por el asunto del fútbol, ahí habría dudado. Es que la verdad, la verdad, nosotros dos no nacimos para el fútbol. A Diminuto mucho no le interesa. Creo que es porque la pelota es demasiado grande para él. En realidad, todo es demasiado grande para mi perro, que mide tres centímetros de largo por dos de ancho, duerme en una cucha de caja de fósforos y usa una correa de piolín. Por eso prefiere jugar con el escarbadietes que yo le tiro lejos y que él va a buscar (es que los palos también son demasiado grandes para él).



Y aunque la pelota no es demasiado grande para mí, mi carrera como futbolista hasta ese momento había sido más bien breve. Empezó cuando pateé la pelota que me había regalado mi madrina y terminó dos minutos más tarde, cuando rompí en mil pedazos el vidrio de la ventana de casa y mi papá casi me mata. Después de ese primer episodio desafortunado, seguí insistiendo con el asunto del fútbol (porque soy especialista en insistir) y retomé mi carrera al poco tiempo. Pero decidí abandonarla debido a algunos incidentes menores, insignificantes casi, como pegarle en plena cara a Carolina o volcarle a mi papá el balde con agua sucia sobre el auto que justamente terminaba de lavar o estampar la pelota contra la torta de chocolate que estaba decorando mi mamá con crema y dulce de leche y... En fin. Como dije, Diminuto y yo no nacimos para el fútbol. En mi caso es, según mi papá, porque en mi familia somos todos patadura, y él desde chico fue patadura y sigue siendo todavía un patadura y yo soy igual que él, un patadura. Según

mi mamá (que es mucho más creativa que mi papá para dar explicaciones), es porque tengo otras virtudes y otras habilidades que no son las deportivas, y no todos podemos tener talento para las mismas cosas en la vida, y el mundo sería aburrido si no fuéramos todos distintos y... qué sé yo cuántas cosas más. Y según mi hermana Carolina, porque soy un inútil descerebrado, *jatchís!*, que no sirvo para nada, *jatchís!*, excepto para molestarla a ella a cada rato, *jatchís!*, y para fastidiar sin parar, *jatchís!*

Lo cierto es que mucho no me importó abandonar mi incipiente carrera de futbolista. Porque, en realidad, mi sueño nunca había sido ser campeón de fútbol, jugar en la Selección o hacer goles espectaculares. No, mi único sueño siempre había sido tener perro. Desde que era chico. O más chico. Bueno, desde que aprendí a hablar (porque antes no sabía pedir perro). Toda mi vida había insistido e insistido pidiendo perro (porque, como ya les dije, soy especialista en insistir).

—¿Qué querés de regalo para tu cumple? —me preguntaban cada año.

Y yo contestaba:

—Un perro.

—¿Qué querés para el Día del Niño?

—Un perro.

—¿Qué le pediste a Papá Noel en la cartita?

—Un perro.

—¿Qué querés que los Reyes Magos te dejen en los zapatos?

—Un perro.

Y cuando traía el boletín lleno de “Excelente”, “Te felicito”, “Muy bien 10”, “Sigue así”, “Adelante” y me decían: “¿Qué querés de premio?”, también contestaba:

—Un perro.

Sí, mi único sueño siempre había sido tener perro y, aunque me costó convencer a mi familia, finalmente conocí a Diminuto, que es el mejor perro del mundo y que, además, es mi amigo. Jamás nos había hecho falta el fútbol para pasarla bien y divertirnos. Es más: hacía no sé cuánto tiempo que

no iba al club de mi barrio, al que, a pesar de su nombre, Club Social y Deportivo Atlético de Multitudes, no le quedaban más que diez socios, todos de ciento ocho años y medio, que solo iban a la tarde a jugar a las bochas o a las cartas.

—¡Qué lástima que esté tan venido abajo! —se lamentaba mi tía Dolores, que es socia vitalicia y que también tiene ciento ocho años y medio (o más)—. Y pensar que, cuando era chica, me pasaba los veranos en la pileta olímpica o alentando en el estadio al equipo de fútbol, que siempre salía campeón interbarrial. Y los bailes que se hacían para los Carnavales eran tan lindos...

En realidad, más que venido abajo, el club era una ruina. La pileta estaba tan descascarada como mi tía Dolores y el agua que le había quedado en el fondo quién sabe desde cuándo se había convertido en un pantano maloliente y putrefacto en el que no se atreverían a nadar ni un sapo corto de vista ni un cocodrilo desesperado. La canchita, a la que la exagerada de mi tía Dolores

llamaba estadio, era apenas un potrero polvoriento, en el que no crecía ni un miserable yuyito. Los arcos estaban chuecos y sin red y las tribunas tenían los tablones tan apolillados que era mejor no sentarse a menos que uno quisiera terminar de cabeza en el suelo. Nada funcionaba bien en el antiguo vestuario, ni siquiera el inodoro, y de las duchas salía un hilito de agua llena de óxido con el que uno se congelaba en invierno y se quemaba vivo en verano. En la confitería no quedaban más que siete sillas, una con las patas rotas, y un televisor viejísimo, en el que solo podían verse tres canales y en blanco y negro.

—Y pensar que conocimos épocas de gloria... —se lamentaba don Salustiano, presidente del club, que a falta de recursos y de empleados también servía el café y le pasaba el plumero a la vitrina donde se exhibían las copas y los trofeos que habían ganado en distintos torneos—. Miren si no...

Y enderezaba los cuadros torcidos que colgaban de la pared, uno grande con la horrible y colorinche camiseta del club

enmarcada y otros con fotos viejísimas en las que él mismo posaba junto a sus compañeros de equipo.

—Esta es cuando salimos campeones en el '37. Y esta cuando ganamos en el '46. Y esta, después de un gol de oro...

A mí me daba un poco de pena don Salustiano, que siempre le hacía mimos a Diminuto cada vez que nos lo cruzábamos en la calle.

—Cuando quieras, vení a pelotear un rato con tus amigos —me invitaba.

Pero nadie iba. Los chicos que jugaban bien, como Nico, el de 4^{to} B, que era medio nariz para arriba, preferían la escuelita Semillero de Campeones que estaba al lado de las vías y que tenía una cancha de césped sintético. Pero al Club Social y Deportivo Atlético de Multitudes no iba ni el loro. Menos que menos, mi perro y yo, que éramos malísimos para el fútbol. Por eso, justamente, jamás imaginé que Diminuto y yo podíamos meternos en un lío tremendo por el asunto del fútbol. El lío del gol de oro.

CAPÍTULO 2

EN EL QUE CUENTO CÓMO EMPEZÓ EL LÍO DEL FÚTBOL, AUNQUE TODAVÍA NO HABLO DEL GOL DE ORO

Todo empezó en la clase de educación física. Ese día, como mi maestra estaba enferma, en el patio nos juntamos los dos cuartos. Cansados de hacer la vertical, la vuelta de carnero para adelante y para atrás y la medialuna, los varones le pidieron permiso al profesor para jugar un picadito, mientras las chicas ensayaban no sé qué “coreo”. Uno de los que insistía e insistía era Nico, el nariz parada que va a la escuelita Semillero de Campeones y se cree que es Messi.

—Dele, profe, un rato. Mientras las chicas bailan...

El profesor aceptó.

—Bueno, organicen los equipos ustedes. Pero nada de peleas —nos advirtió.

Nico, por supuesto, empezó a mandonearnos a todos.

—Yo voy de 10. Pablo y Lucas, juegan para mí, de delanteros. Ustedes dos, de defensores. Mati, vos vas de arquero y...

A mí no me importaba demasiado porque sabía que no iban a elegirme ni para aguatero y además no me interesaba jugar. Pero a Pancho le dio rabia.

—¡Eh! Pará. Hagamos una pisada.

Pancho es uno de mis mejores amigos, junto con Pablo y Mateo. Los tres viven cerca de casa y en la época en que no me dejaban tener perro, yo me conformaba jugando con los de ellos. El de Pablo es Pelos, un pastor inglés tan peludo que hay que mirarlo con atención para saber dónde tiene la cabeza y dónde la cola. El de Mateo es un bulldog con el hocico arrugado y cara de malhumorado, pero muy mimoso. Se llama Sargent Pepper porque al padre de Mateo le encantan los Beatles. El de Pancho es Nelson, un salchicha muy simpático, petiso y un poco regordete, igual que su dueño. Diminuto y ellos se habían hecho amigos enseguida y, cuando vamos

a la plaza, los cuatro juegan juntos y corren de acá para allá hasta quedar con la lengua afuera. Pancho adora el fútbol. No es tan habilidoso como Pablo, pero le pone corazón, como dice mi mamá, que es tan creativa. Y, aunque Nico le lleva como quince centímetros, se animó a hacerle frente. El otro lo miró desde arriba como si fuera un gusano aplastado y se le rio en la cara.

—¿Una pisada? —repitió sobrador y le dio un empujón.

Mi mamá siempre dice que el diálogo es la mejor manera de resolver las diferencias, que la violencia no nos conduce a ninguna parte y que la gente se entiende conversando. Papá, en cambio, dice que no hay que pelear, que no es bueno pelear y que es mejor no pelear. Pero yo no podía dejar que el nariz parada de Nico tratara así a mi amigo. Por eso me metí. Preparé una mirada aterradora y fulminante para ver si con eso se asustaba y me paré delante de él.

—Tiene razón. Hay que hacer una pisada para armar los dos equipos —le dije.

Mi mirada aterradora y fulminante no dio resultado. Porque Nico no solo no se asustó, sino que me empujó a mí también, aunque yo no me callé como Pancho.

—¿Qué? ¿No sabés qué es una pisada? El que gana elige primero. ¿O acaso preferís algo más sencillo como un Ta-te-ti o Una-do-li-tua...? —me burlé.

Se oyeron algunas risitas desde atrás. Y Nico se puso verde.

—Mirá quién habla. Si vos no sabés nada de fútbol, tronco.

Es cierto. El fútbol no es lo mío, pero tampoco era cuestión de que me llamara así.

—Si soy tan tronco, no sé por qué tenés tanto miedo... —lo desafíe.

—¿Miedo? Dale, hagamos la pisada. Vos y yo.

Eso no entraba dentro de mis planes. Yo estaba defendiéndolo a Pancho, pero no tenía ni la menor intención de jugar. Claro que ya no me quedaba más remedio que aceptar. Acababa de meterme en un lío. Suspiré resignado y empezamos:

—Pan...

—Queso...

—Pan.

—Queso.

—Pan...

Yo no sabré jugar al fútbol, pero soy experto en el Pan y Queso. Debe ser por todas las veces que la piso a Carolina. La cuestión es que le gané al grandulón de Nico y empecé a elegir primero a mis compañeros.

—Pablo —dije.

Nico se retorció de rabia porque quería en su bando a mi amigo, que juega superbién.

—Lucas —me contestó él y me hizo una sonrisita torcida, porque Lucas es un *crack*.

—Pancho —señalé yo.

—Mati —me retrucó él.

Lo lógico hubiera sido que yo siguiera eligiendo a los mejores, a los que eran compañeros de Nico en Semillero de Campeones. Pero yo miré a los que esperaban

ansiosos, con esa cara de ACAESTOY y preferí elegir en la pisada a los que siempre quedan para el final, a los que nadie quiere, a los troncos, como yo. Total, íbamos a perder lo mismo. Pero uno se divierte más cuando juega con los amigos. Por eso lo elegí a Mateo, que es más patadura que yo, al Pinchu, que se tropezaba hasta con los cordones de los zapatos, al Colo, que usa unos anteojos gruesos...

Comenzó el partido y ya enseguida, como dice el comentarista de la tele, se notó la superioridad de los rivales, que nos hicieron tres goles en dos minutos. Al rato, perdíamos 7 a 0.

—Vamos bien, chicos. Ya casi los tenemos —los alenté para que el equipo no se me desmoralizara.

Y parece que dio resultado, porque Pancho le robó una pelota al mismísimo Nico y le metió un pase tremendo a Pablo, que convirtió nuestro primer gol.

Lo gritamos como si hubiera sido de verdad un gol de oro, ese con el que se gana cuando los dos equipos siguen empatados,

después del tiempo suplementario. Pero no era un gol de oro, porque seguíamos perdiendo por goleada. Por eso no se justificó el patadón que le metió Nico a Pablo y que lo hizo caer, retorciéndose de dolor.

Y ahí se armó el lío. Porque todos empezamos a pelear y el profe tuvo que venir a separarnos ayudado por las maestras de los otros grados, la portera, la seño de música y el hombre que atiende el kiosco.

Por supuesto, terminamos en Dirección escuchando el sermón de la directora.

—Una vergüenza... chicos grandes... portarse como salvajes... Y no me digan que el otro tiene la culpa porque todos son responsables...

Yo no escuchaba el reto completo, porque cada tanto miraba de reojo a Nico, que no me sacaba la vista de encima. Además estaba imaginando la cara de mi papá. Seguramente, cuando llevara la mala nota que iban a ponernos, iba a gritarme separando las palabras en sílabas, que es lo que hace cada vez que se enoja.

Pero para mi sorpresa no nos pidieron el cuaderno de comunicaciones ni nos pusieron una mala nota, lo cual hubiera sido mucho mejor que lo que la directora nos pidió.



—Para que esto no vuelva a ocurrir, en lugar de un castigo, tendrán que aprender a trabajar juntos.

Yo casi me desmayo al escuchar eso. ¿Trabajar juntos? ¿Con el nariz parada? Eso era peor que dormir con una boa constrictora de esas que te tragan enterito sin masticarte.

—Así que, para mañana, cada uno va a traer una propuesta para realizar un proyecto solidario en nuestro barrio y después de votar el que más les gusta, van a organizarse y a trabajar todos juntos para concretarlo.

Salí de Dirección arrastrando los pies. Nico pasó al lado y me dijo bajito para que nadie pudiera escucharlo:

—Esto no termina acá, tronco.

Y no iba a terminar ahí, claro. Porque, aunque ya estaba metido en un lío tremendo, todavía me faltaba saber lo del gol de oro.

